

ARTÍCULO VII

REGLAS GENERALES PARA LA ELECCIÓN DE ESTADO

1. Cualquiera que sea la vocación que abracés, es siempre menester que sea cristiana; esto es, que ya tomes el estado de matrimonio, ya te conserves en libertad para tomarlo ó no; ahora dejes el mundo para ser religioso ó te dediques á Dios en el estado eclesiástico; ahora tengas algún cargo en la administración de la justicia, ó te apliques á cualquiera otra profesión, no has de entrar en ella sino con espíritu verdaderamente cristiano y con una resolución constante de *vivir como discípulo* y verdadero imitador de *Jesús*, cuya vida toda fué cruces, humillaciones y gran pobreza, y cuya doctrina no enseña sino el desprecio del mundo y de sí mismo.

2. No hagas estribar el aprecio y estima de tu vocación en las ventajas que de ella puedas sacar para los intereses mundanos, sino sólo en los auxilios que puedes prometerte para la eterna salvación. Sucede con harta frecuencia que los estados tenidos por mejores para esta vida son los más arriesgados para la eterna. De ordinario aquel estado nos aleja más de Dios que más nos junta y apega á las criaturas. Huye de las empresas que te atan demasiado á distractivas ocupaciones, te roban el tiempo y el alma y no te dejan respiradero para atender al negocio más importante que tienes; al negocio de tu eternidad. ¿De qué te servirían tantos empleos? ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma y se despeña para siempre en el infierno? Escoge, mientras puedas, aquel estado de vida en el cual te veas más libre de haber de servir al mundo y más desembarazado y dispuesto para servir á Dios.

3. La vocación más excelente en sí misma, tal vez no

sea infaliblemente la mejor para tí. Vivir en soledad y aplicarse á la contemplación, encerrarse en un monasterio, dedicarse al servicio del altar, son, sin comparación, estados de vida más nobles y más perfectos en sí, que el quedarse en el mundo con el embarazo de la familia ó con el manejo y distracciones de los negocios; sin embargo, puede acontecer que no sea aquello á lo que Dios te llama; y si te empeñas en ello sin vocación, puedes temer no te expongas á muchas desgracias y á que corra peligro tu salvación. Así también, no obedecer á las voces de Dios y rehusar el consagrarte á él, cuando te llama y te quiere en aquel estado, es una infidelidad peligrosa, que merece de ordinario que Dios te abandone, de lo cual se ven cada día funestos y lamentables sucesos.

4. Ten entendido que no puedes ni debes resolverte á abrazar una profesión que trae consigo necesidad de cometer muchos pecados, como el tratar esos que el mundo llama *grandes negocios*, y consisten á menudo en dar y tomar á préstamo gruesos capitales ó sumas de dinero con exorbitantes usuras, enriqueciéndose á costa de otros, tiranizando al pobre pueblo, cometiendo cada día cien violencias é injusticias por una como necesidad inevitable. No es lícito entrar en semejante profesión ni conservarse en ella.

5. Peligrosísimo es también seguir una vocación, que aunque no obligue necesariamente á pecar, por lo menos trae consigo frecuentes y apretadas ocasiones de culpa. Debemos desconfiar mucho de nuestra flaqueza, y huir no sólo del pecado, sino también de su ocasión y peligro.

6. Entre las vocaciones la mejor y la que se ha de preferir á todas, no es la que nos ha de hacer más ricos, ni más honrados en el mundo, ni la que nos ha de dar más gusto ni llenar de deleites transitorios; la mejor es aquella en que podemos glorificar más á Dios y trabajar con más fundadas esperanzas en el negocio y feliz éxito de nuestra salvación.

7. Vocaciones hay tan ventajosamente grandes y seguras, que no es menester deliberar mucho para seguir las, como es la de dejar el mundo, ó desprenderse de sus negocios y del mucho comercio con las criaturas para dedicarse á servir á Dios solo, aunque sea quedando en el siglo. Otras hay tan dudosas y peligrosas, que se han de probar bien, y consultar muy despacio, para conocer que es Dios quien llama. A veces su providencia ha puesto á sus siervos en oficios que otros no tomaran sin grave riesgo, si abusando de su libertad se metieran en ellos por su propio pie y voluntario capricho; mas al que Dios llama, él mismo le previene con la abundancia de sus gracias para conservarle inocente.

Donde quiera que Dios nos pone de su mano, allí nos guarda con paternal providencia, para gloria de sus destinos. Por donde toda la importancia de la cosa y la gran seguridad del éxito consiste en conocer bien y seguir con fidelidad su santísimo beneplácito. De ahí la necesidad de implorar la lumbre del cielo, acudiendo con humildad al trono de las divinas misericordias.

ARTÍCULO VIII

SEÑALES DE LA VOCACIÓN QUE VIENE DE DIOS

No conviene creer á todo espíritu, ni se ha de imaginar luego que todos los pensamientos que se conciben en la mente, ó todos los movimientos que se avivan en el corazón de tal ó cual estado de vida, sean vocación verdadera del Altísimo. Se han de considerar y examinar con madurez y muy despacio dichos pensamientos é impulsos, antes que la voluntad definitivamente se resuelva. Sin embargo, tampoco se han de pretender revelaciones expresas, para saber á qué estado nos llama ó no nos llama Dios. También conviene advertir que no siempre se presenta la vo-

cación con atractivo y gusto sensible, que endulza al alma y baña el corazón de purísimo consuelo: á veces la vocación es sólo de cabeza y viene acompañada de repugnancia natural, pero con lumbre superior, que comunica aliento para luchar y vencer los obstáculos, si tal fuere la divina voluntad.

Mas hablando en general, puédesse conocer la vocación del cielo por estas varias señales que propongo:

1. Puédesse conocer, lo primero, por el principal motivo que mueve á tal elección determinada, cuando él es de Dios: como por librarte del mundo y de sus lazos, á fin de estar más libre para dedicarte á la virtud; por temor de pecar y por el deseo de huir de las ocasiones; por el ansia vehemente de seguir á Cristo y de imitarle en su vida pobre, paciente y despreciada; por un ardiente deseo de asegurar la eternidad feliz y trabajar de veras en el negocio de la salvación.

En estos casos bien puede uno quedar tranquilo y asegurado de que la vocación viene de Dios. Y la razón es clara. Porque es sabido que no hay sino tres fuentes de donde puedan manar los pensamientos de nuestro espíritu y las aficiones de nuestro corazón. Estas son el espíritu de Dios, el espíritu humano y el espíritu infernal. Ahora bien, no hay que temer que el espíritu del demonio inspire tales pensamientos ó sentimientos. ¿Cómo se puede creer que él aconseje huir el pecado y sus ocasiones, ni dedicarse únicamente al servicio de Dios, ni abrazar la práctica de la humildad, ni infundir amor á los desprecios por Cristo y otras cosas semejantes? Aborrece el demonio todas estas acciones y las huye, y aun las teme, y por esto aconseja siempre las contrarias.

Aquella madre que en el Evangelio presentó sus dos hijos al Salvador, parece que solamente tenía por motivo el amor natural de sus intereses y adelantos, pues no pretendía sino elevarlos á las mayores dignidades del reino: *Dic*

ut sedeant hi duo filii mei (1): quería su descanso, gloria y comodidad. Mas el Señor corrigió á la madre, hablando á los hijos, y convidándolos en vez del reposo, gusto y honores á llevar la cruz, beber la amargura del cáliz y á sufrir por su amor muerte crudelísima. A esto han de atender, esto han de pretender los que elijan tal ó cual estado, seguir á Cristo, llevando su cruz.

Quien se dedica al estado eclesiástico ó á otro aunque santo, si no tiene otra mira que librarse de las miserias temporales del siglo y alcanzar honras y bienes, bastante materia tiene para temer si su vocación es ó no es del cielo. Quien se recoge á un monasterio para cultivar las letras y hacerse hábil para cargos y empleos ó pasar la vida con cierto descanso y seguridad de que no le ha de faltar el cotidiano mantenimiento, puede temer no sea su vocación astucia del demonio para engañarle. Quien se resuelve a quedarse en el mundo y á abrazar el estado de matrimonio, ó se aplica á los cargos de la magistratura, de la milicia y diplomacia, sin otro fin que el de levantar su fortuna y vivir con honra y regalo, mucha razón tiene para dudar si su vocación es del cielo, pues los motivos que le deciden á emprender tal carrera nada tienen de divino y sobrenatural. Los sentimientos sobrenaturales y de Dios son contrarios á los que de ordinario inspira la naturaleza ó el demonio.

2. Se conocerá, en segundo lugar, que la vocación es divina, si es constante, y tal que después de mucha oración, de mucha consulta y consejo con los que son verdaderos amigos de Dios se aviva más, latiendo más vigorosas en el corazón esas santas inclinaciones.

Esta es señal muy clara de que el llamamiento es de Dios y de su gracia. Porque dado que la inclinación natural ó la luz de la razón humana pudiese hacer concebir semejante resolución, nunca podría ser suficiente, ordinariamente hablando, para que la voluntad se mantuviese cons-

(1) Matth. XX, 21.

tante en ella. Porque ¡oh Dios mío! ¡cuán grande es nuestra flaqueza! ¡cuán natural nuestra inconstancia! ¡El hombre, de cuya dirección os encargáis, es un vil grano de polvo y una paja, juguete del viento!...

3. Para conocer, en tercer lugar, si la vocación es de Dios, repárese en qué ocasión se ha recibido la luz de ella, y de qué forma ó manera tuvo su primer principio y ha tenido después su ulterior acrecentamiento. Si esto sucedió en la oración, cuando el alma está más unida con Dios; si en tiempo de ejercicios espirituales, cuando se considera con solícita madurez el negocio de la salvación; si en la lectura de libros santos, ó en el sermón y conferencias espirituales; si después de la sagrada Comunión, cuando el alma se allega más íntimamente y va á su centro que es Dios, en los ardores de la perfecta caridad. Porque si vino la vocación en una de estas ocasiones ó circunstancias, puede muy bien creer que fué efecto de la gracia que entonces caía suavemente en el alma, como lluvia mansa y deleitable.

De esto no se sigue, ni con lo dicho se quiere significar, que no haya tomado Dios muchas veces ocasión de una desgracia como en San Pablo llamado el simple, de un peligro, de un contratiempo y tal vez de una caída para abrir los ojos á algunas almas y hacerles conocer el sumo riesgo en que se hallan; y por estos acontecimientos los llama á otro estado en que le sirvan, y aun á algunas las ha subido á altísima perfección. Arsenio, ayo y maestro de Arcadio emperador, huyó de la corte, por haber conocido que el emperador le tenía tal odio que había resuelto ya darle la muerte. Fué al desierto, donde profesando la vida eremítica, llegó á ser un gran santo. San Pablo, primer ermitaño, se escondió en la soledad por huir de Decio y Valeriano, perseguidores de los cristianos. Con esta ocasión le destinó Dios al yermo en que había de vivir casi cien años, arrebatado de los dulces atractivos de una altísima contemplación.

¿Quién no ha oído el modo eficaz con que Dios movió á San Francisco de Borja á que dejase el mundo con todos sus honores y riquezas? Pues la ocasión fué que, habiendo llevado á enterrar en Granada, de orden de Carlos V, el cadáver de la emperatriz Isabel, señora de relevantes prendas de ingenio y virtud, y en su cuerpo y facciones de extremada gracia y hermosura, al tiempo que se abrió la caja de plomo en que era conducido el cadáver, apareció su rostro tan feo, desfigurado y horrible, que puso horror á los que lo miraban y los obligó á volver la vista á otra parte y á retirarse de allí. Sólo Francisco, inmóvil, sin apartarse de su puesto, clavados los ojos en aquel montón de podredumbre, á quien todos adoraban poco antes y ensalzaban como á nido y tesoro de las gracias, permanecía fijo, mudo, leyendo en aquellos despojos de la muerte la caducidad de lo terreno y la mentira de las grandezas humanas.

Entonces fué cuando, dándole un vuelco el corazón, y obrando en él aquella vista y espectáculo un cambio mayor que el que la muerte hizo en el cuerpo de la emperatriz, apretando sus manos entrelazadas y levantando al cielo sus ojos, dijo á Dios aquellas memorables palabras: *No más servir á señor, que se me pueda morir.* Y así lo hizo; porque caminando de paso en paso, sin aflojar desde entonces, luego que pudo desembarazarse de los negocios y familia, se entró en la Compañía de Jesus, y fué su tercer Prepósito General.

Motivos menos espirituales impulsaron á San Pedro González, llamado vulgarmente San Telmo, á mudar de vida y servir á Dios con toda perfección. Porque siendo Pedro muy dado á galas y profanidades, quiso el día de Navidad celebrar con fiestas y regocijos profanos, no correspondientes á su estado, la concesión de una dignidad que acababa de obtener. «Vistióse para aquel día galanamente y salió con otros en un caballo español muy bien aderezado, por toda la ciudad de Palencia, desempe-

drando, como dicen, las calles á carreras, con gran desenvoltura y escándalo del pueblo» (1). Cuando era mayor el regocijo y algazara y más desapoderadamente corría por la calle principal de Palencia, cayó el caballo en medio de la carrera, y dió con el jinete en el lodo y en un muladar sucio y asqueroso, tal, que cuando fueron á socorrerle, no había ni gala, ni vestido, ni rostro que diese muestra de lo que había sido. Al verle en aquel estado los circunstantes, aunque sintiesen el percance, no pudieron contener la risa que naturalmente produce un hecho semejante; ni faltaron tampoco algunos que á la risa añadiesen burlas y expresiones que abrasaban.

Quedó tan corrido Pedro González de aquella caída, tan confuso y avergonzado, que no podía levantar la cabeza, ni le parecía que podría ya vivir entre gentes hombre á quien tal desgracia había acontecido. Alumbróle Dios al mismo tiempo el corazón, y hablando entre sí, dijo: «Pues el mundo me ha tratado como quien es, y el día en que más me pensé holgar, me ha afrentado de esta manera, yo haré que no burle otra vez de mí» (2). Y diciendo y haciendo, se fué al convento de Santo Domingo, abrazó aquel sagrado instituto, y tanto se dió á la virtud, que hoy lo veneramos en los altares.

¿Qué más? No sólo con ocasiones semejantes suele Dios á las veces descubrir su voluntad, aunque no sea éste su ordinario modo de obrar, ni el camino trillado para abrazar el género de vida que nos tiene dispuesto, sino que también se vale alguna vez de accidentes que parecen fortuitos y de motivos que impelen al hombre á obrar al principio casi contra sus deseos y voluntad. Como aparece bien claro en muchos varones ilustres de las Ordenes religiosas, y en la vocación admirable de San Romualdo, que huyó del mundo por un homicidio que había cometido su padre, en el cual se sentía él también algún tanto

(1) Rivadeneira, *Flos sanctorum*, 14 de Abril. — (2) Rivadeneira, lugar citado.

culpado. Retiróse por algunos días á un monasterio, y Dios se sirvió de esta ocasión para llevarle á una perfección tan rara, que toda su vida pareció un prodigio continuado.

4.º Para terminar este artículo, diré por último, que si la vida que se pretende abrazar se ajusta en todo á la condición de la persona que la emprende; si, atendidos el espíritu, los talentos, las inclinaciones y fuerzas corporales, se ve que todo se acomoda bien con las obligaciones de aquel estado, puédesse creer que Dios ha criado á tal persona para aquella vocación, porque Dios se sirve de las inclinaciones y naturaleza de cada cual para llevar á uno á la vida activa, á otros á la contemplativa; á unos á vida austerísima, á otros á vida más suave; á éstos adonde atiendan únicamente á sí mismos, á aquéllos adonde puedan emplearse también en ayuda de los prójimos. De los unos hace apóstoles que los traslada por los mares á las tierras de los bárbaros é infieles, para que los alumbrén con la luz del Evangelio, y á otros los labra como el artífice pule el diamante, y por la cuesta del calvario los conduce al martirio. Todas estas almas que van guiadas por la luz de la gracia, están contentas, robustecidas con su auxilio, en su propia vocación; y obran maravillas á gloria de Dios y en beneficio de las almas, y cada una en su estado tiene su paraíso. ¡Oh! ¡dichosa el alma, que se abandona sin reserva al espíritu de Dios!

Lo que se acaba de decir del estado religioso se adapta perfectamente á otros estados y profesiones de la vida. Así de los llamados por Dios al ejercicio de las armas salen los Josués y Davides, los héroes de las Cruzadas y el primer Juan de Austria, vencedor de Lepanto. Y ¡qué bendiciones no alcanzaban de Dios los antiguos Patriarcas porque en la elección de su estado los guiaba el Señor y les daba para su desempeño las cualidades necesarias y superabundantes de naturaleza y gracia! Ni faltan ejemplos en la edad moderna, aun en la gente sencilla, como lo de-

muestran entre otros mil, San Isidro Labrador y Santa María de la cabeza.

ARTÍCULO IX

I

CARTA PRIMERA

LA VOCACIÓN

Idealismo verdadero.—Lo estable y lo inestable.—Pesimismo y concepción cristiana del mundo.—Dos maneras de teología.—Señales de la vocación.

Repetidas veces, ¡oh joven amigo mío! me has expresado tu confianza y permitido echar una ojeada en lo interior de tu alma. En ella fluctúa una como niebla semejante á la que se ve subir y bajar por la mañana. Pero al mismo tiempo veo con placer que oportunamente amaneció en tí el eterno sol de la verdad, y que cada día se eleva más y más sobre el horizonte de tu alma despidiendo rayos ardientes y vigorosos. ¡Ánimo pues, y adelante! Esos luminosos rayos penetrarán también en las profundidades del corazón, sepultado aún en las sombras de la noche, y el hombre interior que debes formar, se hallará pronto en la plena luz de la verdad, de aquella verdad que es el don más precioso que el Criador comunicó á su criatura en los albores de su existencia.

Prueba palmaria de nuestra procedencia divina y sello del alto y celestial fin para que fuimos criados, es que aquel que sacándonos de las profundidades de la nada nos mostró los diversos y enmarañados senderos de la vida, no nos dejó de su mano: diónos por guía y tutor la inteligencia y ciencia natural; nos designó un maestro seguro en la tendencia irresistible hacia el bien (1), en el que qui-

(1) S. Thom. Aq., Summa theol. I II, q. 109, a. 3: «Diligere Deum super omnia, est quiddam conuaturale homini, et etiam cuilibet creaturae non solum